EL ABISMO DEL PLACER

Jonathan Turrientes

EL ABISMO DEL PLACER

Jonathan Turrientes

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2026
© Jonathan Turrientes, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388449444
DL: M-25963-2026
Thema: FBA - FV - DC

PRÓLOGO

Hay libros que nacen dos veces, y *El abismo del placer* es uno de ellos. La primera versión de esta novela nació en diciembre de 2023 como libro físico, aunque no llegó a estar a la venta para los lectores hasta enero de 2024. Esta nueva edición, en cambio, nace después de haber adquirido la experiencia de escribir y publicar su segunda parte, titulada *La lucha interna de Jonko*, en 2026. Cuando publiqué la ópera prima, lo hice con sus virtudes y sus defectos, pero también con la inexperiencia propia de quien se adentra por primera vez en el mundo editorial y literario.

Con el paso del tiempo y, especialmente, tras escribir y publicar la segunda entrega, he aprendido mucho sobre el oficio de escribir y sobre todo lo que lo rodea. Por eso, cuando volví a releer esta primera novela, sentí que merecía una nueva oportunidad: una revisión a fondo, un pequeño «maquillaje» literario que respetara su esencia, pero que, al mismo tiempo, estuviera a la altura de la experiencia adquirida durante estos años.

Para quienes conservéis la edición de 2024, no hay nada que temer: la historia sigue siendo la misma y su esencia permanece intacta. Lo que hallaréis aquí es una versión más pulida, con un léxico más rico, una narración más trabajada y, en definitiva, el resultado de todo lo aprendido desde aquella primera publicación. Una revisión que considero necesaria para que *El abismo del placer* pueda estar al mismo nivel de cuidado y profesionalidad que su segunda parte, *La lucha interna de Jonko*.

Reescribir esta novela ha supuesto para mí, en cierto modo, regresar a un lugar que ya conocía, pero hacerlo con una mirada completamente diferente. He vuelto sobre la narración, los diálogos, el ritmo y algunas escenas para pulir cada detalle y conseguir una versión más sólida, cuidada y madura, sin modificar aquello que define la esencia de esta historia ni de sus personajes. Porque el propósito de esta nueva edición no ha sido cambiar lo que fue, sino mejorar la manera en que Jonko cuenta, siente y transmite todo aquello que le sucede, respetando en todo momento la identidad de la novela original.

Además, esta nueva edición incorpora un añadido especial que sirve como puente entre ambas entregas. A lo largo de *El abismo del placer* encontraréis pequeñas pistas, detalles y guiños que anticipan varios acontecimientos y nombres que aparecerán en *La lucha interna de Jonko*. Algunos pasarán completamente desapercibidos durante una primera lectura, mientras que quienes ya hayan leído la segunda parte probablemente los reconocerán al instante y podrán descubrirlos con otros ojos. Es, en cierto modo, mi particular manera de agradecer a quienes hayan

decidido volver a leer la novela y apostar por esta nueva edición, ofreciéndoles algo que no estaba presente en la ópera prima.

El objetivo de esta nueva adaptación es muy sencillo: que la saga de Jonko Blanco alcance el mayor nivel de cuidado y profesionalidad posible y que vosotros, como lectores, podáis disfrutar de una historia más fluida, coherente y trabajada. Si conocisteis y habéis leído la primera versión, espero de todo corazón que percibáis en estas páginas la evolución que han experimentado tanto la novela como su autor. Y si esta es vuestra primera vez junto a Jonko Blanco, espero que disfrutéis del comienzo de su historia tanto como yo he disfrutado dándole una segunda vida.

Ahora sí que sí: bienvenidos, tanto unos como otros, al inicio de la saga de Jonko Blanco. Ha llegado el momento de regresar al principio de la aventura, conocer cómo comenzó todo y, sobre todo, dejaos llevar por las andanzas de Jonko, un estudiante repetidor de Periodismo de lo más peculiar. Preparad vuestra curiosidad, abrid bien los ojos y permitid que la historia haga el resto. Porque, al fin y al cabo, toda historia tiene un principio. Y esta es la suya.

Jonathan Turrientes

1

TENTANDO A LO DESCONOCIDO

Son las nueve de la mañana en Usera, un barrio obrero que a esta hora respira una mezcla indecisa de silencio y motores madrugadores. Me despierto con la resaca tibia de la noche anterior, aún envuelto en el eco disperso de las risas de mis amigos. El cuerpo insiste en hundirse de nuevo en el sueño, pero algo me obliga a abrir los ojos: una inquietud que avanza por dentro como una corriente leve, un impulso difícil de nombrar, como si una parte de mí buscara compañía, cercanía, o quizás solo una excusa para no enfrentar la soledad recién estrenada de la mañana.

Me llamo Jonko Blanco. Tengo veinticuatro años y rozo el metro ochenta. Estudio Periodismo en la Complutense y me quedan tres asignaturas para terminar la carrera. He repetido cursos, sí, pero nunca he creído que el valor de la vida universitaria se mida por la velocidad, sino por llegar a la meta con la convicción de haber elegido bien el camino. A mi edad aún estoy a tiempo de casi todo, y confío en que este sea, por fin, el año en que consiga graduarme.

Desde los dieciocho vivo solo en un modesto apartamento de un tercer piso sin ascensor. Mi pequeño reino se reduce a un salón con la terraza incorporada, una cocina estrecha pero suficiente, una habitación con cama de matrimonio, un aseo y una sala de estar que convertí en ludoteca. La independencia arribó a mí de golpe, como un regalo improbable: con motivo de ganar la lotería con un décimo comprado por puro azar. Desde entonces disfruto de la libertad de no rendir cuentas a nadie ni soportar sermones familiares, una autonomía que a veces pesa, pero que sigo defendiendo como si fuera mi mayor conquista.

En este preciso instante llevo puesto un pijama de camuflaje, cálido y cómodo, nada que destaque, pero suficiente para sentirme en mi propia piel. Abro la puerta de la terraza para ventilar; el aire fresco entra y barre la pesadez que dejó la noche de ayer. Ahora es el momento de apoyarme en el marco y observar cómo despierta el barrio, intentando descifrar qué historias laten detrás de cada ventana, de cada ruido, de cada vida que empieza a moverse bajo el cielo gris de Usera.

Desde mi tercer piso alcanzo a contemplar mi calle y las que discurren en paralelo. No son vistas deslumbrantes, lo admito, pero tienen su encanto; al menos no vivo en un bajo ni doy a un patio interior donde la vida parece detenida. Eso sí sería el mayor de los castigos.

La gente que deambula por aquí es tan variada como el propio barrio. Ejecutivos con traje impecable, otros más relajados con vaqueros y camisa, y algún que otro despistado que cruza el semáforo en rojo con la prisa de quien ya llega tarde. Cada uno avanza con su propio ritmo, con su propia historia a cuestas, y desde arriba parecen piezas de un tablero que nunca deja de moverse.

Yo, en cambio, no tengo trabajo por ahora. Estoy centrado en terminar la carrera y sobrevivo gracias a la ayuda mensual de mis padres. No es algo de lo que presumir, pero me permite sostener una vida que, con un poco de imaginación, podría pasar por normal. A veces me pregunto cuánto tiempo más podré mantener este equilibrio frágil entre la independencia y la dependencia, entre la libertad y la cuerda floja de mis estudios.

Mientras contemplo los edificios que me rodean, mi atención se detiene en una mujer que, desde su propia terraza, también observa la calle. El gesto es simple, bastante cotidiano, pero en un instante siento cómo algo en mí se activa, como si una corriente súbita recorriera mis sentidos. Hay algo en su presencia que me inquieta y atrae a partes iguales, una vibración leve que no sé si nace de ella o de mí.

Su figura destaca con una naturalidad que invita a mirarla más de la cuenta. El cabello oscuro le cae sobre los hombros con una suavidad que imagino táctil, y sus labios, llenos y definidos, parecen guardar una historia que me gustaría descubrir muy de cerca. Calculo que ronda los cuarenta, quizá algo más, y su forma de vestir desprende una elegancia despreocupada, una coquetería tranquila que no necesita esfuerzo, como si supiera exactamente el efecto que provoca. Hay algo en ella que despierta un deseo inmediato, casi instintivo, una atracción que me sorprende por su intensidad.

Deduzco que tendrá pareja; alguien así rara vez pasa desapercibida. Aun así, no puedo evitar esa punzada de curiosidad que me atraviesa, un impulso casi infantil —o quizá no tan infantil— por atraer su mirada. Por ahora no sabe que existo, pero una parte de mí fantasea con el instante en que nuestros ojos se encuentren de verdad, no por azar, sino porque ambos decidimos sostener ese cruce. Me pregunto qué chispa nacería ahí, en ese segundo suspendido que podría cambiarlo todo o no significar nada... y aun así me tienta.

Ahora que lo pienso, se me ocurre una idea impulsiva: quitarme la parte superior del pijama y dejar el torso al aire, como si ese gesto pudiera, de algún modo, atraer su mirada. Entre su balcón y mi terraza habrá unos cincuenta metros, pero la distancia no impide que la distinga con claridad. Me sorprende la facilidad con la que mi cuerpo reacciona a su presencia, como si bastara un simple movimiento para intentar llamar su atención, aunque sea de forma torpe y silenciosa.

Hay algo en ella que despierta en mí una mezcla de curiosidad y nerviosismo, una atracción difícil de explicar. La observo mientras sostiene la barandilla con una mano y, con la otra, lleva un cigarrillo a los labios en movimientos pausados, casi ceremoniales. Su presencia irradia una serenidad magnética, una forma de ocupar el espacio que hace que todo alrededor parezca ralentizarse, como si el barrio entero

respirara a su ritmo. Y yo, desde mi terraza, siento cómo esa calma suya me desarma y me empuja a mirarla un segundo más de lo que debería.

Desconozco si mi ocurrencia servirá de algo, ni si realmente deseo que lo haga. Pero en este instante, mientras el humo asciende en espirales desde su terraza, siento que una parte de mí quiere ser vista, aunque sea solo por un segundo, por esa desconocida que parece ajena a mi existencia. Hay un impulso tenue, casi irracional, que consigue empujarme a imaginar ese mínimo gesto de reconocimiento, como si bastara para justificar la inquietud que me despierta.

Han pasado cinco minutos y ella continúa en la misma ubicación, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Su presencia tiene algo hipnótico, una mezcla de seguridad y misterio que me resulta imposible ignorar. La observo mientras apura el cigarrillo, y cada gesto suyo —el modo en que inclina la cabeza, la forma en que exhala el humo— parece cargado de una elegancia involuntaria, una belleza tranquila que no busca ser vista y que, precisamente por eso, me atrapa aún más.

He de decir que me sorprende la intensidad con la que mi imaginación se dispara. No sé en qué piso vive ni en qué portal, pero mi mente ya ha empezado a construir historias, posibilidades, escenas que solo existen en mi cabeza. Hay algo inquietante en la facilidad con la que proyecto deseos sobre una desconocida, como si bastara con mirarla para inventar un futuro que no me pertenece. Y, aun así, esa ficción repentina me seduce: la idea de que un simple cruce de miradas pueda abrir una puerta que, en realidad, quizá nunca llegue a existir.

Mantengo la compostura, fingiendo una naturalidad que no siento. Espero —quizás de forma absurda— que en algún momento levante la vista y nuestras miradas terminen por cruzarse. Si eso ocurriera, no sé qué pasaría después; tal vez nada. Tal vez solo un instante de reconocimiento, una chispa mínima que yo interpretaría como señal, aunque no lo fuera, un destello capaz de justificar toda esta espera silenciosa.

Mientras ella sigue en la terraza, completamente ajena a mis pensamientos, siento cómo mi imaginación se enciende con una mezcla de deseo y desasosiego. No busco solo su atención: busco la sensación de que alguien como ella —tan serena, tan dueña de sí misma— pueda fijarse en mí, aunque sea un instante. Y en ese impulso, tan irracional como intenso, me doy cuenta de que lo que me atrae no es solo ella, sino lo que despierta en mí.

Justo cuando mis dedos ascienden por mi pecho, siento el choque repentino de nuestras miradas. Ella intenta mantener la compostura, pero el leve temblor en sus manos la traiciona: el cigarrillo se consume demasiado, como si hubiera olvidado que lo tenía entre los dedos. No me sorprende su reacción; mi cuerpo suele provocar miradas largas, silenciosas, difíciles de disimular. Lo que me intriga es lo que ocurre detrás de sus ojos en ese instante, qué deseo o qué duda he despertado sin proponérmelo del todo.

Después de un largo instante en que nuestras miradas permanecen unidas, un hombre surge en el umbral de su puerta. No pronuncia palabra, pero su presencia basta para modificar la atmósfera, como si hubiera entrado en una habitación donde no debería. Es mayor que ella, lo justo para imponer una autoridad silenciosa que me incomoda. La sombra que proyecta sobre la escena es tan súbita como inevitable, y me sorprendo observando no solo a él, sino la forma en que ella reacciona, casi imperceptible, como si algo dentro de ella se tensara.

El rostro de mi vecina cambia apenas un matiz, pero suficiente para que lo note: la línea de su mandíbula se endurece, la mirada pierde un brillo que hace un instante tenía. Algo en lo que él le dice parece tensarla por dentro, como si tocara una fibra frágil. Y entonces lo entiendo, aunque me resista: seguramente es su marido. La certeza se instala en mí con la contundencia de una verdad que preferiría no haber descubierto.

Apenas unos instantes se dedican a conversar. Desde la distancia no oigo nada, pero el silencio entre ellos resulta más elocuente que cualquier frase. Luego, como si un acuerdo tácito nos obligara a fingir indiferencia, nuestras miradas se sueltan. Ella se desvanece en la penumbra de su hogar; yo permanezco en la terraza, inmóvil, sintiendo cómo la tarde se enfría de pronto, como si el aire hubiera perdido algo que no sé nombrar.

Una frustración áspera me recorre el pecho. Ese hombre —sin saberlo, sin siquiera mirarme— se interpone entre nosotros y levanta un muro invisible que ninguna fantasía consigue atravesar. La ilusión se deshace con la misma facilidad con que nació, dejándome con una sensación de vacío que no esperaba sentir tan pronto.

Vuelvo al interior con una mezcla de frustración y cansancio. Mi habitación me recibe con su desorden: ropa esparcida, libros abiertos como si hubieran sido abandonados en mitad de un pensamiento, objetos que parecen mirarme desde donde no deberían estar. Me pongo a ordenar casi compulsivamente, buscando una calma que no llega. Porque, pese a mis esfuerzos, la imagen de mi vecina permanece intacta en mi mente, iluminada por la última claridad del día, aferrándose a mí incluso cuando cierro los ojos.

Apenas un minuto después de que mi mente cruzara ciertos límites, noto cómo una excitación inquietante se instala en mí, densa y difícil de ignorar. Su condición de mujer inaccesible añade una carga que no puedo negar: lo prohibido siempre amplifica lo imaginado. Esa mezcla de deseo y transgresión aviva mis pensamientos, los vuelve más nítidos, más insistentes, como si buscaran escapar del terreno seguro de la fantasía.

Aquel cruce de miradas tuvo un peso extraño. Una chispa diminuta, pero real, se encendió en ese instante y ahora parece crecer por su cuenta. Quiero creer que ella también lo sintió; lo intuyo por la manera en que sostuvo mi mirada, en ese leve temblor del aire que solo se produce cuando dos personas se reconocen sin saber por qué. Quizás esté autoengañándome, pero la sensación persiste, obstinada.

No me sorprende que algo así pudiera suceder. No suelo pasar desapercibido, o al menos así me he convencido con el tiempo. Pocas mujeres me resultan indiferentes y, a menudo, siento que tampoco yo les soy indiferente. Me atribuyo —quizás con exceso— una seguridad aprendida, un magnetismo que he ido construyendo como una armadura. Me miro desde fuera y veo a alguien que se cree seductor por naturaleza, alguien que camina con una confianza que a veces se confunde con orgullo, como si llevara encima una historia de victorias que nadie le ha cuestionado.

Cuando llega la hora de comer, camino hacia el frigorífico sin entusiasmo, con la resignación de quien no espera sorpresas. La luz fría me ilumina el rostro al abrirlo, revelando restos de comidas pasadas y alguna que otra compra olvidada. Cojo lo primero que veo. Nunca he sido un sibarita; para mí, la comida es una obligación más que un placer. Aun así, intento mantener un mínimo de orden, una apariencia de cuidado, como si ese pequeño ritual pudiera devolverme una sensación de control.

Cocinar nunca ha sido un problema para mí; de hecho, me desenvuelvo con una naturalidad que a menudo desconcierta. Y sé que eso tiene su efecto. Es un gesto que invita, que crea un espacio cálido donde la distancia se reduce sin esfuerzo. He visto cómo una comida improvisada, un vino compartido, una conversación que se alarga sin prisa, pueden transformar la atmósfera y volverla propicia para una complicidad que no necesita grandes declaraciones.

La tarde tiene una cualidad que me predispone: esa luz oblicua, ese tiempo que parece estirarse, invita a un deseo tranquilo, casi contemplativo. Pero la noche es distinta. La noche me desarma. En ella todo se vuelve más nítido y más incierto a la vez: los pensamientos, las carencias, la urgencia de sentir algo que rompa la quietud. La oscuridad ofrece un refugio extraño, un espacio donde mis impulsos se vuelven más atrevidos, como si nada pudiera contenerlos.

Decido prepararme algo sencillo: una ensalada de pasta con filetes de ternera. La pereza me inclina hacia lo básico; no tengo cuerpo para nada más elaborado. Es domingo y la resaca todavía me enturbia la sangre, una pesadez que se instala en lo más hondo y me vuelve lento, casi indiferente. La comida, sin embargo, resulta mejor de lo esperado. Al terminar, contemplo la posibilidad de una siesta, como si el sueño pudiera despejarme por dentro. Pero sé que no bastará; hay un cansancio que no se resuelve durmiendo.

Maldita sea. La vecina de enfrente vuelve a imponerse en mis pensamientos, desplazándolo todo. Su imagen se ha vuelto una presencia fija, insistente, casi febril. Si sigo así, terminaré desbordado. Mi mente —tan dada a cruzar límites— busca la intensidad de su proximidad, la posibilidad de un encuentro que deshaga cualquier certeza, como si ese solo gesto pudiera eclipsar el resto de mi vida.

A pesar de que mi imaginación no me permite descansar, sí me concede un extraño reposo. Empiezo a darle vueltas a la idea de saber más sobre ella, no para invadir su vida, sino para comprender por qué su presencia me altera así. Mi deseo

de atraerla arde con una intensidad que no sentía desde aquella vez en que logré conquistar a la hermana de un amigo, aunque ahora la sensación es distinta: más peligrosa, más difícil de contener.

Aún recuerdo cuando él aseguraba, con una convicción casi ridícula, que jamás lograría siquiera un beso de ella. Y, sin embargo, ocurrió. No porque fuera un trofeo mayor, sino porque yo sabía moverme en aquel terreno mejor que él. Cuando le mostré la prueba, no tuvo más remedio que entregarme los quinientos euros. Qué ingenuo había sido... y qué poco entendía entonces de lo fácil que es confundir deseo con conquista.

¿Quién se creen unos y otros que es Jonko Blanco? Siempre he caminado por la vida convencido de que mi voluntad basta para inclinar la balanza, de que donde pongo el ojo, pongo la bragueta. Esa seguridad —o soberbia, según quién lo mire— me ha acompañado siempre. Pero en el fondo sé que esa imagen mía, tan inflada y brillante, es también una máscara que me he construido para no enfrentar la posibilidad del rechazo.

Mientras pienso en ella, empiezo a ordenar ideas como quien intenta poner límites a un pensamiento que se desborda. Imagino su calle, su portal, su vida cotidiana, pero sé que son solo proyecciones mías, intentos de llenar un vacío que no me corresponde. Me sorprende lo rápido que esta fascinación se ha vuelto obsesiva, tan intensa como aquella vez con la hermana del amigo, aunque ahora hay algo más inquietante: la sensación de que estoy cruzando una frontera interior que puede llevarme al abismo.

Mis años de estudio en periodismo me han enseñado que la información es poder, y que cuanto más se ordena, más fácil resulta comprenderla. Quizás por eso, recostado en la cama, abro un documento en el portátil y empiezo a anotar ideas sueltas, impresiones, detalles que creo haber visto. No son datos reales, solo intentos de poner límites a un pensamiento que se desborda. Cuando termino, la somnolencia me envuelve con una suavidad inesperada. Mis párpados caen, y el mundo se diluye durante unas horas de sueño inquieto.

El reloj marca las siete y media de la tarde. Me incorporo con una determinación casi solemne, como si estuviera a punto de iniciar una empresa mayor que yo mismo. La llamo «operación Seduce a tu vecina de enfrente», aunque sé que no es más que un nombre grandilocuente para disfrazar una obsesión que me supera.

Me asomo a la ventana. En apenas unas horas, el sol ha cedido su lugar a una lluvia menuda y obstinada. Desde la terraza, me permito unos minutos para contemplar el mundo. El clima muta, como mutan las estaciones. Las hojas secas se desprenden y caen, dejando paso a brotes diminutos y verdes. Lo antiguo se desvanece para que lo nuevo encuentre su sitio. Esa es la ley natural de las cosas, o eso quiero creer.

Mientras observo la lluvia, me convenzo de que hoy, al menos, intentaré comprender qué es lo que ella despierta en mí. No se trata de datos ni de estrategias, sino de enfrentar el misterio que he convertido en obsesión. Mujer prohibida... no

sé si dejarás de ser un enigma, pero hoy, al menos, me atreveré a mirar de frente lo que esta fascinación dice de mí.

Es entonces cuando decido dejar a un lado mi pijama de camuflaje para sumergirme en una ducha caliente y relajante. El agua me devuelve una sensación de control, como si cada gota puliera la versión de mí que quiero proyectar. Después me visto con ropa de calle, consciente de que el perfume puede ser un aliado silencioso. No sé si hoy será el día, pero prefiero estar preparado: un aroma bien elegido no conquista, pero sí insinúa; abre una puerta, sugiere una disposición, crea un clima.

Siempre he creído que una fragancia adecuada tiene un poder sutil: no obliga, pero acompaña; no seduce por sí sola, pero afina la atmósfera. Es un gesto más en ese ritual que me construye, que me recuerda quién soy cuando quiero ser la mejor versión de mí mismo. Un toque de vanidad, un toque de estrategia, un toque de ficción personal. Y en esa mezcla, me siento casi invencible.

Mi mente hierve de anticipación mientras mis ojos recorren la repisa del baño, donde descansan mis perfumes. El espacio es reducido, pero todo está dispuesto con una precisión casi quirúrgica, como si cada frasco formara parte de un pequeño altar dedicado a mi mejor versión. Decidido a ir con todo, escojo el más exclusivo de mi colección, ese que reservo para las ocasiones en las que quiero sentirme invencible.

Los vaqueros ceñidos, que realzan cada línea de mi cuerpo, y la camisa oscura que elijo completan un atuendo pensado para hablar antes que yo. No se trata solo de seducir: se trata de encarnar la imagen que llevo años perfeccionando, esa mezcla de seguridad, misterio y control que me hace sentir que domino la escena incluso antes de entrar en ella. El perfume no es un arma, sino un símbolo; un recordatorio de quién creo ser cuando decido convertirme en mi propio devoto.

Nada más salir por la puerta me detengo un instante frente al espejo del pasillo, como si necesitara una última confirmación antes de enfrentar el mundo. Mi reflejo me observa con la misma devoción que yo le ofrezco. El físico que he cultivado —horas de disciplina, de vanidad, de pura obstinación— se muestra impecable, casi ceremonial. Me veo preparado, afilado, listo para cualquier encuentro que el destino quiera poner en mi camino.

Soy, me digo, divino de la muerte. Y no es una frase hecha: es una certeza que vibra en mis huesos. En Usera no hay un hombre tan guapo como yo... y eso lo sabe hasta el apuntador. No es soberbia, o quizá sí, pero es una soberbia que me sostiene, que me arma, que me convierte en el personaje que necesito ser para atravesar la noche con la cabeza alta.

Una vez en la calle, doy inicio a la operación «tentando a lo desconocido». El aire húmedo y la lluvia fina parecen acompañar mi determinación. Al dar el primer paso, una figura familiar consigue capturar mi atención desde la distancia: el hombre que acompañaba a mi vecina horas antes en la terraza. Nos situamos en lados

opuestos del paso de peatones, inmóviles, esperando a que el semáforo se ponga en verde.

Aprovecho esos segundos para observarlo con detenimiento, como si su mera presencia pudiera ofrecerme alguna clave. Su barba espesa y su cabello negro y corto contrastan con el cuerpo robusto y la barriga prominente que delatan más de cincuenta años de vida. Pero lo que realmente retiene mi mirada es el anillo de matrimonio en su mano. Un detalle simple, casi anodino, que sin embargo despierta en mí una chispa de interpretación.

Ella, mientras fumaba en el balcón, no llevaba alianza. En su momento no le di la suficiente importancia, pero ahora ese pequeño vacío adquiere un peso inesperado. No sé si significa algo o si solo estoy proyectando mis deseos sobre una ausencia mínima, pero mi mente —siempre dispuesta a construir historias— empieza a hilar posibilidades. Quizás no sea nada. Quizás sea demasiado. Pero en este instante, bajo la lluvia, siento que ese detalle abre una grieta por la que se cuela una esperanza peligrosa.

Mi conclusión, por supuesto, es clara e inapelable... al menos para mí. Su relación debe de estar atrapada en esa monotonía que devora a tantos matrimonios. Puede que él aún conserve un resto de entusiasmo, pero intuyo que ella ya no siente lo mismo. Me aferro a ese detalle —la ausencia de alianza en su mano— como si fuera una prueba irrefutable, aunque sé que podría no significar nada.

Aun así, mi mente lo convierte en señal, en indicio, en argumento. Recuerdo su expresión en el balcón mientras él hablaba: una mezcla de distancia y cansancio que ahora interpreto como confirmación de mis sospechas. Quizás resulte algo exagerado, pero en este instante todo encaja demasiado bien en la historia que mi deseo quiere contar.

Observo las manos del hombre desde mi posición: grandes, endurecidas, marcadas por callos que parecen contar una vida de esfuerzos silenciosos. Me pregunto si será alguien que se siente estancado, resignado, sosteniendo una existencia que considera suficiente porque nunca ha conocido otra cosa. Y mientras lo pienso, una idea peligrosa se abre paso, nacida más de mi deseo que de la realidad: si él vive atrapado en su rutina, ¿qué impide que ella imagine algo distinto?

Y, de repente, el semáforo cambia a verde. Al cruzarme con él, distingo el nombre grabado en la chapa de su camisa: Félix Martín. Un detalle inesperado, casi revelador, que mi mente convierte al instante en pieza clave de la historia que estoy construyendo. No sé si significa algo, pero lo siento como un hallazgo crucial, como si el mundo me ofreciera una pista para seguir alimentando mi obsesión.

Sin perder un segundo, saco el teléfono y empiezo a buscar información, dejándome llevar por la inercia de mi propia curiosidad. Recorro calles virtuales, nombres, direcciones, hasta que una coincidencia llama mi atención: calle Marqués Gonzaga, número 10. No sé si es la respuesta que busco o solo otra proyección de mis deseos, pero en mi cabeza se convierte en un destino inevitable.

Mi siguiente paso se dibuja con una claridad casi solemne: dirigirme allí, no para invadir nada, sino para enfrentar la historia que yo mismo he empezado a tejer. La idea logra impulsarme hacia adelante, como si cada detalle encontrado reforzara la ficción que me empeño en convertir en realidad.

Al llegar al lugar exacto, me siento en un banco frente al portal, como quien toma posición en un escenario cuyo guion aún desconoce. Espero a que alguien abra la puerta principal, aunque ni yo mismo sabría decir qué espero encontrar al otro lado.

Para matar el tiempo, abro un juego de marcianitos en el teléfono, pero mis ojos apenas se apartan de la entrada. Lo hago por mi propio bien, por la posibilidad —remota o no— de acercarme a mi objetivo. Cada movimiento, cada sombra, cada figura que se aproxima o se aleja queda registrada en mi mente, como si formara parte de una obra que solo yo soy capaz de interpretar.

Tras unos treinta minutos, veo salir a un vecino del edificio. No pierdo tiempo: me acerco al portal y recorro con la mirada los buzones hasta que mis ojos se detienen en un nombre conocido: Félix Martín. Entre los habitantes del tercero derecha descubro también otro nombre que me sacude como una revelación: Carla Valentín. Éxito absoluto para mí. Siento que he completado la primera fase de mi plan, como si una pieza esencial hubiera encajado por fin en el rompecabezas que llevo horas construyendo. Ahora sé dónde vive la mujer que ocupa mis pensamientos: Carla.

Una vez conseguida la información que necesitaba, regreso directamente a casa. Ahora empieza el verdadero desafío: hallar la manera de interactuar con Carla sin que mi interés parezca desmedido. La estrategia más prometedora, al menos en mi cabeza, pasa por localizarla a través de las redes sociales. Dispongo de cuentas en todas las plataformas principales: el omnipresente Cara Libro (Facebook) y el inevitable pajarito azul (Twitter).

Después de diez minutos de búsqueda minuciosa, por fin doy con el perfil correcto. En la foto de perfil aparece junto a su marido y a un perro, lo que podría sugerir que no tienen hijos. Sobre el perro no estoy del todo seguro, pero es evidente que existe un vínculo: la manera en que lo sostiene transmite cercanía y afecto.

Las demás imágenes públicas no revelan demasiado. Aparece con amigas en cafés, en escapadas a destinos que no logro identificar y junto a su marido en lugares que, a mi juicio, parecen bastante aburridos. Nada concluyente, pero suficiente para que mi imaginación empiece a trazar líneas donde quizás solo hay sombras.

Mi siguiente paso consiste en decidir cómo iniciar una interacción que parezca natural y simpática, sin cruzar límites ni dar la impresión de que mi interés es excesivo. Lo más sensato sería empezar con un comentario casual en alguna de sus publicaciones o fotos, algo ligero, relacionado con un tema que podamos compartir sin que resulte forzado.

Primordial: evitar mencionar cualquier detalle personal que haya descubierto; eso sería desconcertante y podría levantar sospechas de inmediato. Lo que

busco es sencillo en apariencia: iniciar un diálogo amistoso y genuino, uno que no la incomode, pero que al mismo tiempo me permita acercarme a ella con la sutileza que exige la situación.

El reloj marca las ocho de la tarde. Ha llegado el momento de enviarle una solicitud de amistad. Sin duda, será ella quien alivie esta tensión que parece recorrerme como si fuera electricidad. En cuanto pulso el botón, siento un pequeño vértigo, como si hubiera puesto en marcha un mecanismo que ya no puedo detener. Durante unos segundos, incluso me sorprendo imaginando el instante en que vea mi nombre en su pantalla: la curiosidad, la duda, quizá una chispa de interés.

Esa imagen —ella deteniéndose un momento, inclinando la cabeza, preguntándose quién soy— llega a producirme una mezcla extraña de euforia y temor. Es absurdo, lo sé, pero en ese breve lapso me permito creer que algo puede empezar a moverse, aunque sea de forma imperceptible, hacia mí.

Pasan las horas y no he recibido respuesta alguna. No quiero rendirme, pero comienzo a preguntarme si la indiferencia será su manera de responder a mi interés. Mientras ceno, reviso una y otra vez mi perfil de Cara Libro desde el móvil, como si mirarlo pudiera acelerar algo. De repente, aparece una notificación: Carla Valentín ha aceptado tu solicitud de amistad. Siento un impulso inmediato de euforia. Quizás entra poco en la red social... o quizá simplemente estaba jugando a hacerse la difícil. ¡Sí, lo he conseguido! Jonko siempre logra todo lo que se propone.

Mirando la columna de amigos de Cara Libro, compruebo que mi vecina de enfrente está en línea. ¿Cómo iniciar una conversación con ella? Necesito acercarme, pero sin que resulte evidente que hay algo más detrás de mi interés. ¿Debo ser sutil, sugestivo o diplomático? Dado que no la conozco en persona, lo más prudente sería empezar con algo amable y simpático, un gesto ligero que no despierte sospechas y que, al mismo tiempo, logre dejar abierta la puerta a futuros intercambios.

—Buenas noches, Carla. Gracias por aceptar mi solicitud. Me alegra poder saludarte. Soy Jonko Blanco, encantado.

Transcurre el tiempo y no tengo certeza de que haya visto el mensaje. La veo en línea, sí, pero eso no significa nada. Quince minutos se estiran como si fueran una eternidad, cada uno más denso que el anterior... hasta que, por fin, aparece una respuesta:

—Gracias, Jonko. Vi tu solicitud de amistad y, como me sonabas de verte por el barrio, decidí aceptarla. Al fin y al cabo, no veo por qué no aceptar la solicitud de un vecino.

—Todo puede ser. ¿Quién sabe? Lo que sí recuerdo es que, hace unas horas, cuando nuestras miradas se cruzaron, te quemaste con el cigarrillo que tenías en la mano. —respondo con un tono ligero, casi burlón, atento a cómo reacciona.

—¿Disculpa? Sí, eso pasó, pero fue totalmente accidental. Y, por cierto, en mis fotografías se ve claramente que soy una mujer casada. En la foto de perfil y en mi estado se puede comprobar.

A pesar de estar comunicándonos a través de una pantalla, percibo un leve nerviosismo en sus respuestas. No me sorprende: tiendo a pensar que mi presencia puede descolocar a algunas personas, y quizás ella no sea la excepción. Además, su imagen —esa mezcla de seguridad y atractivo maduro que proyecta— seguramente despierta miradas y comentarios en su entorno. No sería extraño que esté acostumbrada a que otros hombres la observen más de la cuenta.

Cada minuto que pasa, percibo cómo Carla adopta una actitud defensiva, como si se esforzara por no mostrar indiferencia. Tal vez ha llegado el instante preciso para poner a prueba mi capacidad de persuasión... y dejarla ligeramente desconcertada:

—Carla, no intentes edulcorar tu situación familiar. Lo que vi entre tú y tu marido en la terraza dista mucho de parecer una pareja enamorada. Puede que él aún guarde algún sentimiento por ti, pero tú... tú no das esa impresión. Y no llevas la alianza de casada en el dedo. Eso basta para darse cuenta de que lo que afirmas carece de verdad.

Transcurre un cuarto de hora y no he recibido respuesta, aunque la notificación indica que ha leído mi mensaje. El silencio se vuelve espeso, casi táctil, y mi mente empieza a jugar con posibilidades contradictorias. Quizás la he desconcertado, lo cual podría inclinar la balanza a mi favor... o quizás he ido demasiado lejos y la he empujado directamente a mandarme a paseo.

Algo me dice que no lo sabré todavía. Supongo que solo con el tiempo descubriré en qué desemboca este intento de acercamiento a mi vecina, esta mezcla de curiosidad, tensión y deseo de seducción que consigue impulsarme a seguir observando la pantalla.

Tras pasar aproximadamente una hora, la luz de notificación en mi teléfono rompe por fin la quietud. Un mensaje privado nuevo en Cara Libro. La respiración se me acelera un instante, como si ese destello confirmara que la espera no había sido en vano. Sí... Carla finalmente ha respondido:

—Mira, Jonko... tienes razón. La monotonía se ha comido nuestra relación. Ya no estoy enamorada de mi marido. Han pasado muchos años y, entre ser ama de casa y cumplir con lo que se esperaba de mí, dejé de sentir lo que sentía antes. Es un buen hombre, lo respeto y le tengo cariño, pero la atracción... eso desapareció hace tiempo. No sé ni cómo estoy compartiéndote esto; ni siquiera mi mejor amiga lo sabe.

Mientras leo detenidamente su respuesta, percibo la sensación de impotencia que Carla debe de estar experimentando al vivir una vida que quizás ya no desea. Analizo cada frase con atención y tengo la impresión de que mi vecina es una mujer de mentalidad jovial atrapada entre responsabilidades y rutina.

Entre sus palabras hallo una insatisfacción de lo más evidente. Cada vez parece más posible acercarme a ella de una manera más profunda. Su vulnerabilidad emocional se dibuja como una grieta en su vida cotidiana, y mi mente —siempre dispuesta a interpretar señales— la convierte en una posible vía para establecer una

conexión más intensa de la que suele existir entre dos vecinos. Lo más sensato ahora será esperar un tiempo, igual que ha hecho ella, antes de responder.

Tras veinte minutos de espera, mis dedos comienzan a deslizarse sobre el teclado, preparados para dar forma a mi próximo movimiento:

—Carla, gracias por confiar en mí para compartir algo tan personal. Sé que no debe de ser fácil ponerlo en palabras. Entiendo que la vida, a veces, se vuelve complicada y nos encontramos atrapados en situaciones que no reflejan lo que realmente deseamos. Si necesitas a alguien con quien hablar, estoy aquí para escucharte. La sinceridad puede ser un primer paso hacia cierta liberación emocional. De hecho, puedo imaginar lo difícil que debe de ser afrontar cada día sintiendo que algo ya no encaja. Yo también he pasado por momentos en los que no me sentía feliz; la vida está llena de altibajos. Aunque no estoy casado ni tengo planes de estarlo por ahora, entiendo que con el tiempo cualquiera puede encontrarse en una situación parecida. Por eso prefiero centrarme en el presente y dejar que el futuro siga su curso. A veces, esa es la filosofía que más ayuda. En fin, voy a descansar, que mañana tengo clases en la universidad. Los lunes suelen ser intensos. Te dejo mi número por si en algún momento quieres conversar. Estoy aquí para escucharte. Buenas noches y cuídate mucho.

La experiencia de interactuar con Carla ha resultado sorprendente. Una mujer hasta entonces desconocida, que he descubierto que era mi vecina, cuyos detalles he ido reconstruyendo a partir de pequeñas pistas y búsquedas dispersas. Entre sus palabras se perfila la imagen de una mujer atrapada en una vida que ya no la satisface, deseando liberarse... pero sin atreverse a dar el paso, cargando con conflictos emocionales que apenas se permite mostrar.

Sin duda, hoy ha sido un día cargado de sensaciones que aún se arremolinan en mi cabeza. La posibilidad de acercarme a ella, de compartir siquiera un instante auténtico, me enciende con una intensidad difícil de contener. Pero ahora llega la parte más compleja: encontrar la manera de propiciar un contacto que, si el curso de los acontecimientos lo permite, pueda abrir un espacio real entre los dos. Un gesto que marque el inicio de algo más que una simple coincidencia.

Y la pregunta que me asalta es sencilla y, al mismo tiempo, desconcertante: ¿seré capaz de acercarme a ella, de acortar esa distancia que aún nos separa? ¿O será la lealtad —esa raíz profunda que a veces guía el corazón humano— la que frene cualquier intento por mi parte? Sea como sea, la noche avanza sin esperar respuestas, y la cama me aguarda, dispuesta a acunarme en un sueño que, con suerte, aclare lo que la vigilia no consigue resolver.

2

LLAMADA INESPERADA

Han pasado varios días desde mi última interacción con Carla. Mi rutina avanza sin sobresaltos: clases, gimnasio, casa. Una monotonía suave, casi reconfortante, que se despliega con la precisión de un ritmo conocido. Ese sosiego contrasta con la ausencia de noticias de mi vecina, como si se hubiera desvanecido en un silencio que empieza a resultarme inquietante.

Estamos a miércoles, el ecuador de la semana. Conduzco hacia la universidad mientras la ciudad termina de desperezarse. Los libros me esperan, sí, porque son la motivación que logra impulsarme hacia mi meta: llegar a ser un periodista de peso, alguien cuya voz importe... uno de los mejores, si no el mejor.

De camino a la universidad diviso a José Luis, un viejo camarada del instituto con quien he compartido juergas que aún hoy rozan la categoría de leyenda. En cuanto lo reconozco, toco el claxon para llamar su atención. Él levanta la vista, me identifica y una sonrisa franca le ilumina el rostro mientras se acerca al coche. Aprovecho un hueco en la calle para detener el vehículo unos minutos, procurando no entorpecer el tráfico ni tentar a la suerte con una multa.

José Luis siempre ha sido un tipo peculiar, una mezcla improbable de empollón aplicado y noctámbulo empedernido. Apenas ha cambiado: solo unas tímidas entradas, como pequeñas carreteras que se abren paso en su cabello, delatan el paso del tiempo. Cuando llega a la puerta del coche, le hago un gesto para que suba al asiento del copiloto.

—¡José Luis, hacía un montón que no te veía el pelo! —exclamo, emocionado.

Es cierto que la frase no es precisamente la más acertada, pero si no recurriera a un poco de humor, no sería yo. Me divierte jugar con la ironía y el sarcasmo. Sé que mi forma de ser no es del agrado de todos, pero es la que tengo y seguiré teniéndola hasta el día en que deje este complejo mundo. José Luis me responde con la misma actitud, nunca mejor dicho.

—Jonko, tío, sigues igual que siempre... con tus bromitas —responde con una media sonrisa, sin perder ese punto de ironía que le caracteriza—. ¿Y tú qué? ¿Cómo te va la vida, amigo?

—Aquí estamos, en el coche y charlando contigo mientras nos dirigimos al campus de la Complutense. Este año espero, por fin, terminar la carrera; a estas alturas, más que un *sprint*, se me antoja una maratón. ¡Soy de los mayores de la clase!

La expresión en el rostro de José Luis es una mezcla difícil de precisar, algo entre el desconcierto y la incredulidad, como si pensara: «¿De verdad?». No es sencillo describirla con exactitud.

El año pasado opté por seguir una estrategia casi quirúrgica: concentré todas mis fuerzas en las asignaturas más arduas. Una vez superadas, el panorama se despejó y ahora solo me quedan tres materias que, al menos en teoría, parecen alcanzables, aunque todavía exigen su ración de tiempo y disciplina. Son Géneros de Opinión, Fotoperiodismo y Formación de Portavoces.

—¿Y tú adónde te diriges...? —apenas termino de formular la pregunta cuando José Luis empieza a agitarse en el asiento, como si un nerviosismo súbito le recorriera el cuerpo y necesitara expulsarlo a base de movimientos torpes y urgentes.

—Pues voy rumbo a casa. Acabo de terminar mi turno de trabajo. Curro en un *vending* por las noches y ahora tengo que descansar para volver a la rutina después de unas horas —manifiesta mi amigo mientras saca un pañuelo de su bolsillo para sonarse la nariz.

Mientras José Luis juguetea con el pañuelo, mi mente se desliza hacia un pasado que creía archivado. Recuerdo aquellas salidas en las que, casi sin darme cuenta, acababa convertido en el tercero en discordia. Tenía cierta labia entonces, sí, pero mi presencia no destacaba más allá de lo justo. José Luis, en cambio, siempre fue de una nobleza tranquila, de esas que no necesitan anunciarse. Resulta extraño —casi irónico— que ahora esté sentado en el asiento del copiloto de mi coche, como si el tiempo hubiera decidido doblarse sobre sí mismo.

Siempre he sido de acumular conocidos, pero de atesorar pocos amigos. Por eso, tal vez, me descubro haciéndole un gesto para que me pase su número, con la esperanza —tibia, pero persistente— de que esta casualidad sea algo más que un simple cruce de caminos. De que podamos, tal vez, retomar aquello que nunca llegó a ser del todo.

—Y, aparte del trabajo, ¿qué ha sido de ti? Hace siglos que no te veo por Madrid. —pregunto, interesándome por mi amigo.

—Es normal que no me hayas visto. Volví de Andalucía hace apenas un mes. Allí conocí a una mujer de la que terminé enamorándome y, por suerte, al regresar a la ciudad encontré trabajo enseguida —relata José Luis, dejando que una sonrisa le suavice la voz.

A pesar de los años transcurridos, la complicidad entre nosotros continúa intacta, como una brasa que nunca llegó a apagarse del todo. Siento que nuestra amistad jamás tuvo un punto final, solo una pausa larga, caprichosa. Cuando un vínculo es auténtico, sucede esto: perdura, incluso cuando la vida se empeña en dispersarnos.

Percibir que José Luis también lo siente logra generarme una alegría supina. No se trata de confusiones ni de nostalgias mal entendidas. Porque, al fin y al cabo, soy un hombre seguro de sí mismo, con mis ideales claros y orientados hacia las mujeres, pero también consciente de que la vida no se sostiene solo con romances.